

Nace la Copa del Mundo

Las exigencias del olimpismo planteaban grandes polémicas y graves disenciones. La vitalidad del fútbol, a su vez, había creado unas condiciones favorables para la celebración de unos campeonatos internacionales, o, mejor aún, mundiales. La expansión conseguida era suficiente e iba a más. Las normas elaboradas por la FIFA eran absolutamente respetadas por doquier; las federaciones nacionales eran organismos serios, rigurosos y aceptados como rectores; los gobiernos comenzaban a ver en el fútbol un instrumento digno de ser tenido en cuenta por muy diversos motivos: para obtener prestigio nacional e internacional, por la masividad de su espectáculo, capaz de distraer a los pueblos de problemas más perentorios, etc. Si el boxeo, deporte individualista, concitaba enormes masas humanas, el fútbol, por sus características, debía tener un porvenir mucho más alagüeño.

La FIFA decidió, finalmente, que 1930 tenía que ser el año de la I Copa del Mundo. Así se pensó durante el Congreso de 1928 celebrado en Amsterdam, al socaire de los Juegos Olímpicos, en donde se designó un Comité Organizador integrado por el alemán Linnemann, el austríaco Hugo Meisl, el francés Henri Delaunay, el suizo Bonnet, el italiano Ferretti y el húngaro Fischer. Estos seis hombres eran el cerebro que debía pensar la forma y el contenido de un Campeonato Mundial. Una vez más, los fundadores del fútbol, los británicos, estaban ausentes de un momento trascendental de la historia de este deporte.

El Comité cuatripartito tenía un año y poco más por delante. En 1929, en una reunión celebrada en Barcelona, presentaron a la FIFA su plan organizativo y sugirieron que la sede de la I Copa del Mundo fuese Montevideo, capital de Uruguay, en homenaje a la sorprendente selección que había vencido en los dos últimos torneos olímpicos. Este merecido reconocimiento superó los corteses y generosos ofrecimientos de España, Hungría, Italia y Suecia. Por otra parte, todos los presentes pensaron que los británicos tomarían la decisión como un nuevo ultraje a su papel histórico, pues ellos eran los fundadores del fútbol y, además, seguían considerándose los mejores. Pero las federaciones británicas seguían tozudamente au-

sentes de la FIFA por propia voluntad. Hubiera sido en menoscabo de la propia FIFA la concesión de la organización del primer Mundial a unas federaciones marginadas. Ello hubiera provocado seguramente una ruptura en el seno de la joven entidad, y probablemente su disolución.

Se valoraron pros y contras, algunos argumentaron que la pequeña nación americana apenas sumaba dos millones de habitantes. Sin embargo, esto fue considerado un mérito más desde el punto de vista deportivo, al comparar su escasa población con el magistral fútbol de sus representantes. Por otro lado, desde el punto de vista económico, la Asociación Uruguaya de Fútbol se comprometía a sufragar los gastos de viaje de los equipos. Además, el gobierno de Montevideo presionó a fondo para que la celebración de la I Copa del Mundo fuese un incomparable colofón a la conmemoración del centenario de la organización institucional del país, concretada en 1830. El congreso de la FIFA, reunido en Barcelona, aceptó estas razones y designó a Montevideo como sede de la primera gran confrontación mundial.

Jugar en el "Centenario"

Todo estaba preparado a dos meses vista del 12 de julio de 1930, histórica fecha para el inicio del gran acontecimiento. Un flamante estadio construido a propósito y con capacidad para 60.000 espectadores sería el marco apropiado de la inauguración y de la gran final. Pero en aquellos momentos la incertidumbre se cernió sobre la Copa: ningún equipo europeo se había inscrito aún para participar, con lo cual la amenaza de colapso deportivo y descalabro económico movilizó los resortes políticos. La mayoría de las federaciones europeas aducían problemas financieros: el mantenimiento de los jugadores, durante cerca de cincuenta días, rebasaba todas las previsiones y disponibilidades, ya que por otra parte la crisis económica se perfilaba con fuerza cerrando el paréntesis de los años 20. No había duda de que las selecciones de Argentina y Uruguay se habían mostrado en los últimos años como las más potentes, pero un Campeonato Mundial sin selecciones europeas sería una caricatura grotesca. Es más: no se podría celebrar.

Es en este punto donde surge la personalidad de Jules Rimet, el presidente de la FIFA, que decidió asumir el compromiso de convencer a unos y a otros de la necesidad de esforzarse para salvar al joven deporte futbolístico. El estallido de una crisis como la que apuntaba podía significar el fin de la FIFA por la ruptura de relaciones entre europeos y americanos, y en última instancia un caos que significaría un retroceso organizativo que conduciría al fútbol a sus niveles decimonónicos, frustrando el esfuerzo de muchos años. Rimet se entrevistó con jugadores, críticos deportivos, técnicos, federativos y políticos, e incluso con jefes de Estado, buscando apoyo. Su labor, infatigable obtuvo mínimos resultados, pero suficientes para salvar con dignidad el controvertido campeonato. Cuatro equipos europeos aceptaron asistir finalmente a Montevideo: Bélgica, Francia, Rumania y Yugoslavia. La crisis estaba salvada, pero la representación europea, exceptuando quizás a los belgas, no daba la imagen real de la potencialidad del fútbol del Viejo Mundo. Ausente Inglaterra y sus federaciones hermanas, también estaría ausente la potente selección española, famosa ya por disponer de Zamora, el mejor guardameta del mundo. Tampoco asistirían Italia, Alemania, lo extraordinarios austríacos y húngaros, ni los países nórdicos.

Aquellos cuatro seleccionados europeos dirimieron con una amplísima representación americana - Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Estados Unidos, México, Paraguay, Perú, y Uruguay- la supremacía mundial. Demasiada ardua esta labor para unas selecciones del fuste de las belga, francesa, rumana y yugoslava. De todas ellas solamente los yugoslavos consiguieron alcanzar las semifinales, y de cara al gran encuentro final se cumplieron los pronósticos: Argentina y Uruguay, otra vez, hicieron de un evento de tono mundial una cuestión particular, cubriendo un nuevo hito en una de las rivalidades más clásicas y apasionantes de la historia del fútbol internacional. Y de nuevo, ahora con un entusiasta ambiente a su favor, Uruguay remontó un 1-2 adverso para vencer finalmente por 4 goles a 2, victoria que originó una verdadera fiesta nacional. La escuadra dirigida por el legendario Nasazzi y el excepcional Scarone se alzaba de nuevo con el símbolo de la superioridad mundial, materializado en una copa de 65 centímetros de altura y valorada en 1.800.000 francos franceses... de aquellos tiempos.